

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/316862297>

La actitud del investigador. Un dilema que acompaña toda tarea investigativa

Article · December 2009

CITATIONS

0

READS

118

2 authors, including:



[Jose Luis Da Silva](#)

Universidad Católica Andrés Bello, UCAB

42 PUBLICATIONS 3 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Gestión de la investigación y el conocimiento [View project](#)



Proyecto cultura juvenil [View project](#)

La actitud del investigador. Un dilema que acompaña toda tarea investigativa

José Luis Da Silva

*Centro de Investigación y Formación Humanística (CIFH)
Universidad Católica Andrés Bello*

Resumen:

En esta presentación el autor registra algunas de las dificultades que tanto el investigador como la institución tienen a la hora de respetar las actitudes mínimas como profesionales de un oficio altamente complejo como lo es la investigación. El dilema moral está presente en la toma de posturas teóricas, prácticas, culturales, institucionales y en definitiva saber si el investigador cumple con un mínimo de condiciones para ejercer tareas investigativas.

Palabras clave: investigación, dilema moral.

Abstract:

In this presentation the author registers some of the difficulties that as much the investigator as the institution have when respecting as much the minimum attitudes as professionals of a highly complex occupation as it is the investigation. The moral dilemma is present in the taking of theoretical, practical, cultural, institutional postures and in definitive to know if the investigator fulfills a minimum of conditions to exercise investigative tasks

Keywords: investigation, moral dilemma.

Fecha de recepción: 08 de mayo de 2009

Fecha de aceptación: 26 de junio de 2009

El camino por el cual se alcanza el concepto del saber (o el concepto de saber) se convierte igualmente a través de esa científicidad en un devenir necesario y completo, de suerte que la preparación o lo preliminar deja de ser un filosofar contingente que conectase con estos o aquellos objetos, relaciones o pensamientos (con estas o aquellas nociones o ideas) de la conciencia imperfecta (no completa), tal como el azar nos los fuese deparado, o que tratase de fundamentar lo verdadero mediante un ir y venir de razonamientos, inferencias y conclusiones a partir de determinados pensamientos, sino que ese camino acabará abrazando mediante movimiento del concepto la completa mundanidad de la conciencia (es decir, el mundo completo que la conciencia proyecta) en su necesidad (es decir, en la necesidad de ese mundo). Hegel. Prefacio de la *Fenomenología del Espíritu*.

Toda propuesta metodológica preocupada por acompañar el discurrir investigativo debe tener presente que el saber científico no es único y menos aún exclusivo de un sector o grupo de la colectividad. Una ciencia, un saber no se agota en los linderos metodológicos. No obstante, sabemos que para hacer ciencia es menester contar con un método de trabajo, que en principio debe quedar explicitado. Existen diversas formas de hacer ciencia, como de hacer literatura, arte, entre otras. Ello indica que tenemos de entrada una dificultad insuperable. Por más que discutamos sobre la pertinencia o no de una metodología de la investigación hemos de dejar en claro que su ámbito de incidencia puede preverse, por no decir limitarse y la eficiencia de una investigación descansa en la claridad de sus propósitos junto con la idoneidad de las herramientas de trabajo. Temas estos que debe tener claro todo investigador.

Existen requisitos mínimos tendientes a ayudar el buen avance de la empresa investigativa. No es concebible un método que considere inútil temas como el orden, la coherencia, la consistencia argumentativa, la pertinencia de cada parte en el todo, el manejo adecuado del lenguaje, el correcto uso de los instrumentos de medición y validación, el reconocimiento claro y diferenciado de los objetos de estudio, la capacidad de análisis para discriminar los documentos o los datos, saber cómo y dónde consultar las fuentes, la cultura o tradiciones que delimitan o alimentan el trabajo del investigador y finalmente tener precisado el propósito de la investigación.

Todos sabemos que la palabra investigación proviene del latín *investigāre* que significa indagar, descubrir y averiguar. En la segunda acepción del *Diccionario de la Real Academia* encontramos la siguiente definición: “Realizar actividades intelectuales y experimentales de modo sistemático con el propósito de aumentar los conocimientos sobre una determinada materia”. Queda entonces ubicado el fin de la investigación: ampliar los linderos del conocimiento; asimismo, todo proceso de investigación debe partir de un contexto asequible, confiable y comprobable mediante la experiencia directa junto con un método definido de trabajo. El agente dedicado a la investigación puede ser caracterizado siguiendo las palabras de Ignacio Núñez de Castro:

El investigador realiza, pues, una tarea, una actividad intelectual, con la finalidad de profundizar en una rama determinada de la ciencia. En nuestras sociedades modernas, el quehacer de los hombres y mujeres de ciencia ha pasado de ser una actividad privada, nacida del impulso interior, afición, *stradium* –decían los clásicos–, cuyo fin era alcanzar el conocimiento humano, a ser una actividad institucionalizada y reconocida socialmente. (2000: 153)

Ello en lo que se refiere a las técnicas, pero hay una consideración que no puede quedar al margen: el carácter o actitud del que realiza la investigación. Posteriormente indicaremos qué exigencias requiere cumplir un investigador para formar parte de un departamento de investigación.

Por mucho tiempo lo único que distinguía al investigador de otros oficios era su actitud ante lo nuevo, la sed de saber, la curiosidad por las cosas y las personas, capacidad indagatoria, una buena memoria, un método de trabajo que al ser analítico y ordenado proporcionaban los resultados de la labor realizada, fondos propios ya que su faena era realizada de forma privada, casi solitaria, una paciencia capaz de resistir tentaciones y adversidades, y finalmente la honestidad necesaria para no trucar realidades por deseos. La comunidad de científicos se manejaba bajo el recurso epistolar y se identificaban por sus inclinaciones, más que por las instituciones que decían representar. Una mirada sobre el humanismo renacentista nos puede servir de ilustración: Dados sus oficios y asignaciones hombres como Marcilio Ficino, Erasmo de Róterdam, Johannes Reuchlin, William Grocyn, coincidían en el proyecto humanista que visto desde nuestra realidad actual representa

una muestra de esfuerzo decidido por apuntalar la investigación, pero nada tenían que decir o comunicar sobre sus ocupaciones institucionales. Más que una corriente, el humanismo buscaba instaurar modelos de enseñanza y de investigación, sus resultados no se hicieron esperar, el derrumbamiento de un estilo silogístico de avalar los conocimientos y un modelo social que fue socavando la estructura feudal a través de valorar al hombre en su individualidad y dignidad. Quizá valga indicar que el ejercicio de toda investigación debe tener presente la posibilidad de renovarse, de abrirse a nuevos horizontes y de ser capaz de pensar diferente a como lo hace la tradición. Al respecto el padre de la fenomenología nos dice que:

La *renovación* pertenece con necesidad de esencia al desarrollo del hombre y de la colectividad humana hacia la humanidad verdadera, resulta que la fundamentación de esta ciencia sería el presupuesto necesario de la renovación efectiva; sería incluso el primer comienzo de su entrada en escena. (Husserl: 2002: 11)

Nos habla el texto de una necesaria condición que debe acompañar las tareas investigativas, la capacidad de renovación, digamos inclusive de renuncia a valores que una persona o grupo de ellas asumían como importantes. He aquí un primer dilema, defender posturas que de alguna u otra manera han servido para resolver los problemas o decidirse a romper moldes a sabiendas de que puede fracasar en el intento.

Se puede justificar el tema diciendo que más allá de un posible fracaso en el orden social, económico o cultural queda por delante el develamiento de los conocimientos verdaderos, asunto que manejó a la perfección Baruch Spinoza en *la reforma del entendimiento* indicando que el camino impuesto por el sumo bien poco tenía que ver con las veleidades de una sociedad que colocaba todas sus esperanzas en el goce inmediato (1988: 75). O inclusive apuntar con Michel Foucault en su introducción al segundo tomo de *la historia de la sexualidad. El uso de los placeres*, que de nada sirve el pensamiento si no es capaz de transitar por senderos nuevos que suponía inimaginables. “Pero, ¿qué es la filosofía hoy –quiero decir la actividad filosófica– si no el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo? ¿Y si no consiste, en vez de legitimar lo que ya se sabe, en emprender el saber cómo y hasta dónde sería posible pensar distinto” (1986: 12). En definitiva lo que Foucault trae a colación es un tema que Descartes en *Las*

reglas para la dirección del espíritu (2003) y mucho más atrás preciso con maestría insuperable Aristóteles (1988) a saber, la lucha entre *Ars descendendi* y *Ars inveniendi*. La búsqueda de la verdad tema de los *Tópicos* no se identificaba con la puesta en práctica de lo así descubierto, tema que incumbe a los *Analíticos*. El dilema que nunca podrá resolver el investigador es si es preferible construir todo un camino, (que precisamente no es uno sino múltiple) para llegar al conocimiento sustentado en instrumentos lógicos de comprobación o dedicarse simplemente a comunicar los conocimientos y las verdades. Quedarse en el recreo de las teorías o en su defecto proveerse de prácticas que induzcan teorías, las modifique o renueven. Conservar vs. renovar, un dilema inherente a la condición existencial de todo investigador.

Aristóteles nos señala en los *Analíticos segundos* que “Toda enseñanza y todo aprendizaje por el pensamiento se producen a partir de un conocimiento preexistente” (1988: 313 / 71^a). No concibe el Estagirita la posibilidad de poner en práctica la educación sin apoyos previos, sin procurar vínculos de necesidad. Una investigación no puede surgir de la nada, cosa que no sucede con la mostración de la cosa para el que no se requiere aparato crítico-reflexivo. La necesidad de sustentos como también de pruebas que lo avalen resulta ser un punto de partida para todo proceso de enseñanza-aprendizaje. Recurre nuestro autor a procesos convincentes tanto para el que enseña como para el que aprende. Hablamos de la constitución de un futuro investigador. De esta manera nos muestra como el razonamiento que parte de un lugar común aceptado universalmente por toda una comunidad se presenta válido a la hora de asumir conocimientos previos; además, existe la vía dada por los ejemplos para ver con claridad los hechos; inclusive se puede optar al recurso dado por la probabilidades cuando no se cuentan con los datos suficientes para afirmar necesariamente y por anticipado una suposición. Por otra parte, la comprobación resulta ser un método que logra combinar lo teórico con lo práctico, y con ello se puede enseñar cómo debe diseñarse un modelo teórico como también aprender a ponerlo en ejecución. Ese diseño se corresponde con un método que garantiza los resultados a partir de procesos que manifiesten un mínimo de necesidades, como por ejemplo, los son los silogismos. Afortunadamente, en los tiempos que corren contamos con una infinidad de métodos de trabajo que

superan con creces a los modelos propuestos por Aristóteles, pero lo que aún se mantiene vigente es la constitución crítica, analítica y reflexiva de todo aquel que se pretenda dedicar su vida a la investigación.

Vale decir, que hoy día las cosas han cambiado dado el carácter institucional y corporativo de las investigaciones, la gran mayoría de los investigadores trabajan en centros, institutos y departamentos públicos o privados dedicados de manera exclusiva a la producción de conocimiento. Los dilemas si bien existen se pueden manejar con otros ojos, por no decir estrategias administrativas. Estos dependen muchas veces de la asignación de recursos económicos y el interés expreso y directo de los financistas, que obligan en no pocas oportunidades a redefinir el horizonte de investigación, dejando a un lado las inclinaciones, anhelos y curiosidades del investigador. En una palabra, hoy se parte de contratos que tienen un tiempo de duración y tareas que tienen un propósito que escapa al interés de muchos investigadores, con lo que se cae en el peligro de ver en la investigación un oficio signado por procedimientos donde las actitudes del investigador pasan a un segundo plano. Digamos que se corre el riesgo de burocratizar la investigación procurando un mínimo de formalidades.

Precisemos un poco los espacios ocupados para el estudio y análisis de las investigaciones con el fin de ilustrar lo que queremos decir. Una mirada sobre los mismos nos da el siguiente resultado: la existencia de investigadores profesionales, técnicos de la investigación y asistentes de la investigación como tesis y beca-trabajo con intereses de seguir su carrera en procesos de creación y ampliación de los conocimientos. También existe un grupo que de manera indirecta trabaja pedagógicamente en la formación de talentos humanos con la finalidad de continuar a la vez que estimular nuevas investigaciones (Barrera Morales: 2006). Además, ubicamos un sector que más que formación se dedica a generar la opinión en relación a los procesos y resultados investigativos. Finalmente, tenemos que cobra cada vez más importancia un grupo que sin estar dedicado directamente a la investigación incide de manera determinante en todo el proceso, hablamos de los patrocinantes, los inversionistas, aquellos que tendrán a su cargo la aplicación de los productos e instrumentos resultantes de la labor emprendida y finalmente los administradores públicos y que tienen bajo su responsabilidad la configuración de políticas de creación y estímulo a la investiga-

ción. (Gasparini: 1969) Aquí el tema dilemático consiste en medir estrategias capaces de evaluar cuál método puede funcionar mejor, para primero conciliar concepciones disciplinares diferentes, segundo, generar un acercamiento asertivo de la realidad estudiada, y tercero el enfoque que se le quiera dar puede incidir en los resultados. En este caso depende mucho la veta disciplinar de los investigadores y qué es lo que consideran más importante dentro de una investigación.

Es más, el contexto en el que se ubican las tareas investigativas es hoy mucho más complejo dada la realidad cultural que nos rodea. Una rápida mirada por la forma y manera de entender el término cultura a través de los tiempos nos dará la razón.

En la antigüedad greco-latina tenemos que la cultura guardaba estrecha relación con el refinamiento en las maneras de comportarse y la adquisición de conocimientos superiores o elevados, por vía contemplativa. Se acudía a maestros, que dada su honorabilidad y respetabilidad, garantizaban el acceso a los conocimientos.

En este mundo clásico no era bien visto o no se acostumbraba incluir dentro del cultivo propio las tareas, labores o asignaciones que tuviesen relación con técnicas de aprendizaje, manualidades propias de los esclavos o habilidades comerciales y ello porque se asociaba, sobre todo en el mundo latino el término cultura al de ocio (*otium*), que viene a significar más o menos el descaso que debe seguir a las faenas o negocios. Muchas veces los resultados obtenidos tras las tareas de estudio no tenían fines prácticos, de ahí el refrán popular que dice de muchos intelectuales que viven perdidos entre las nubes, mucha teoría y poca o nula capacidad de incidencia en la realidad. En estas condiciones la cultura era vista como un bien que incumbía a uno pocos dentro de la sociedad. Ello no cambió mucho en tiempos medievales. En este caso se consideró la necesidad de afinar una educación con fines religiosos, pensando exclusivamente en aquellos que manifestasen claras y solventes aspiraciones para transitar el camino del sacerdocio. La ampliación de los conocimientos sucedieron en espacios muy cerrados y con poca disposición a la socialización con el mundo civil. Investigadores sin lugar a duda los hubo y muy buenos, algunos contaron con expertos maestros y guías; otros se valieron de su capacidad de análisis y discernimiento que supieron aplicar sobre los textos de sus antepasados. El dilema se presentaba para

el joven discípulo en saber con cuál maestro decidirse a emprender la ruta del saber y de la verdad. Ya que ello marcaría un sendero práctico de vida y muy probablemente un modo peculiar de procurar el sustento.

No obstante, manteniendo los conocimientos adquiridos, tenemos que el mundo moderno se da a la tarea de romper con el molde aristocrático, excluyente y clerical en el que se encontraba el concepto de cultura. Se amplía el espectro del conocimiento, de la cultura y por ende de las investigaciones. Ya no era asunto exclusivo de iniciados o acomodados comerciantes. La cultura es objeto de una amplia gama de consideraciones. Se la ve como el conjunto de todas aquellas formas de vida, expresión, descubrimiento, realización y aporte producido por la sociedad en general. Además, se la concibe como el marco de referencia en el que se ubican los valores, los sentimientos y las conductas propias de los hombres que viven en sociedad. De esta manera se abren las puertas a estudios sobre lo social, lo científico y lo moral. Todo ello reforzado por el vertiginoso avance de los conocimientos humanistas y científicos ocurridos en tiempos de la Ilustración. Angelo Altieri Megale (2000) profesor emérito de la Universidad Autónoma de Puebla nos dice al respecto lo siguiente:

La Ilustración, por un lado, trató de aplicar la crítica racional a todos los objetos susceptibles de investigación y, por el otro, se propuso la máxima difusión de la cultura, que dejaría así de ser patrimonio de los cultos para convertirse en instrumento de renovación de la vida individual y social. A esta doble tarea colaboraron al mismo tiempo filósofos, literatos, poetas, hombres de ciencia, críticos y políticos. Esta confluencia de corrientes encontró, en Francia, su documentación luminosa en la Enciclopedia, diccionario universal de ciencia y de letras, de arte y de oficios, que quería ofrecer un cuadro general de los esfuerzos del espíritu humano en todos los campos del saber y en todos los siglos. Cada cosa fue removida, cada cosa fue objeto de análisis y de juicio. (<http://www.lidiogenes.buap.mx/revistas/4/a2la4a3.htm>)

Época llena de esperanzas respecto a la cultura, ya que se concebía que mayores espacios cubiertos por los saberes, lograría que la superstición, la ignorancia y el oscurantismo dogmático quedasen relegados, dejando paso a la libertad, el desarrollo social y económico, entre otros. Son ya famosas las palabras que Kant toma de Horacio: "Sapere aude" (1989: 17) cuando nos dice que ya va sien-

do la hora de salir, definitivamente, de la minoría de edad y pasar a pensar por sí mismo sin ayuda de tutores, que en este caso son representados por una tradición que nada logra aportar al nuevo amanecer del conocimiento y de la humanidad.

Finalmente, se entiende cultura como un conjunto de símbolos elaborados que sirve para distinguir entre sí a las comunidades e individuos generando discursos, propuestas y nuevos estilos de vida a los ya históricamente conocidos. "Llegar a ser humano es llegar a ser individuo y llegamos a ser individuos guiados por esquemas culturales, por sistemas de significación históricamente creados en virtud de los cuales formamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas." (Geerts: 2003: 57). Toda persona es en su definición un ente inmerso en la cultura, es decir, tiene un modo de proceder y un origen que lo marca y distingue de los demás.

Con el avance y discusión reflejada hasta el presente se puede decir que la cultura es un fenómeno que recoge valores heterogéneos, globales más que locales, informativo más que formativo y, en especial, altamente tecnificado, por no decir fragmentado. Toda sociedad es consciente de su acervo de tradiciones y costumbres que lo caracterizan, al tiempo que reconoce las diferencias cuando le toca entablar relaciones con otros grupos sociales. Igualmente comprende que no es única en el planeta. La mayoría de las sociedades son capaces de percibir distintos modos de vida admitiendo que los tiempos y los espacios ya no son los mismos, reflejo inequívoco de la globalización (Da Silva: 2007). A su vez, los medios masivos de comunicación se han dado a la tarea de trivializar el conocimiento que conforma y establece toda práctica cultural. Se corre el riesgo de pensar que la cultura se adquiere de forma figurada o copia de la realidad. Dejando a un lado el desarrollo de la capacidad crítica y reflexiva se hace cuesta arriba para la educación, en todos sus niveles, propiciar un modelo de enseñanza-aprendizaje que conciba el conocimiento como "una elaboración subjetiva que desemboca en la adquisición de representaciones organizadas de lo real y en la formación de instrumentos formales de conocimiento." (Sacristán, Pérez: 1992: 44). Si no se tiene claro este propósito formativo afrontaremos enormes dificultades para conformar un potencial investigador que sea crítico y reflexivo. De no tomar en cuenta esta advertencia, terminaríamos por toparnos con investigadores que

más bien parecen burócratas que administran reportes. Y como bien apunta Piaget tenemos que:

La finalidad de la investigación no puede reducirse a proporcionar una especie de vulgarización esquemática, y menos aún una síntesis rápida de los resultados de cada disciplina particular; para eso ya están los "tratados" o las "introducciones", los manuales de enseñanza, etc., que han podido irse publicando en las distintas ramas del saber. (Piaget: 1979:153)

Prácticamente se ha llegado a considerar los avances en la investigación como una moda más que cambia según el parecer de corporaciones económicas y sectores políticos. Por otra parte, encontramos una proliferación avasallante de disciplinas y técnicas que cuentan en su haber con tecnologías en permanente actualización. Esta realidad da como resultado una fragmentación de los conocimientos y de los saberes. Su mediatización, velocidad evaporante y su tecnificación está frenando el propósito fundamental de toda formación cultural y por ende educativa, es decir: el cultivo y el ocio que se requiere para adquirir destrezas, conocimientos, valores y curiosidad con un mínimo de solvencia y autonomía de criterios para saber seleccionar, ordenar, explicar y valorar los conocimientos. Seguramente los condicionantes que hemos sucintamente mencionado colocan en una situación por demás embarazosa lo que cabe entenderse cuando se habla de investigación y del rol del investigador. Considerando las velocidades de la información, la globalización, las exigencias corporativas, políticas y sociales pocas veces coincidente y el crecimiento tecnológico, preguntamos: ¿Podrá un investigador llevar adelante una tarea que amerita altas cuotas de sacrificio, paciencia y orden metodológico sin traicionar la esperanza que toda sociedad deposita sobre sus hombros? ¿Podrán sus pausas e incertidumbres investigativas conciliarse con el mito ya formado del investigador exitoso?

De ahí que sea necesario contar con un mínimo de requisitos para soportar los rigores de una cultura menos sólida y más líquida y un mercado que promete a sus consumidores vivir el futuro y no en el presente:

Dichos criterios de incorporación de un investigador a un instituto, centro o departamento de investigación serían preliminarmente los siguientes: a) haber finalizado un programa de postgrado en el que sea necesario entregar y defender un trabajo de grado, o en etapa de culminación; b) tener en su haber la tutoría con veredicto de al menos

dos estudiantes en un lapso no mayor de cinco años; c) contar en su record con cuatro artículos en revistas científicas de aparición periódica, debidamente indizadas y arbitradas, d) estar adscrito a algún programa de ayuda o asistencia al investigador; e) demostrar una alta disciplina en el trabajo y disposición al diálogo con sus pares; f) saber contextualizar las teorías sin desvirtuarlas o modificarlas, g) reconocer los antecedentes como también los trabajos de otros colegas investigadores, h) demostrar capacidad para integrarse a las necesidades del departamento, centro o instituto sin perder el norte de la aplicabilidad en la esfera social, i) no reservarse información y siendo honesto en su divulgación y socialización.

Dos ejemplos emblemáticos de vivir y padecer la investigación.

En el ejercicio que conlleva toda investigación aprendemos a observar, indagar, buscar, argumentar, inferir, discutir, confrontar, evaluar y proyectar con el fin de comprender mejor a los hombres como también al mundo que nos rodea. Y en esos atrevimientos reconocemos que la cuesta es alta, mucho el trabajo, y que gran parte del camino debe ser transitado en silencio. Como también respetuoso ha de ser la tarea cuando son varios los investigadores involucrados, ya que en estos casos se trata de ampliar el horizonte discursivo, más allá de los límites propios de cada disciplina. En tales circunstancias toca hacer acopio de fuerzas si se quiere llegar a la meta impuesta. Digno es confesar que no pocas veces hemos de mantenernos imperturbables con la intención de no perder el objetivo de comunicar aquellas intuiciones que nos fulminan quitándonos el sueño y el hambre. Todo ello con el propósito de abrir espacios donde existían clausuras y encender luces donde había penumbras. Pero ¡cuidado! no se trata de espacios y luces que arrojan verdad sobre las cosas y las personas, sino de espacios y luces para caminar por el mundo, y junto a los demás, sin tantos tropiezos. Aclaremos lo dicho a través de un sencillo ejemplo tomado de la historia del pensamiento:

El llamado padre de la filosofía moderna tuvo en la madrugada del 11 de noviembre de 1619, tres sueños que le mostraban el camino que debía tomar si quería alcanzar la sapiencia, y un año después es objeto de una peregrina intuición: los fundamentos de una invención o ciencia maravillosa. Tanta casualidad aterra y nuestro personaje entendió que su vida estaría consagrada a dilucidar lo que

le había sucedido en el corto espacio de un año. Expresarlo en lenguaje capaz de ser entendido por todo aquel que no requiera de más sentido común del que ya posee por disposición de la naturaleza le llevó a René Descartes (1596-1650) 17 años. En 1637 ve la luz el *Discurso del Método*, resultado inequívoco de una investigación, en el que la disciplina, el silencio y el rigor propio de la matemática fueron la nota común. La secuela: un quiebre en el pensamiento asestado en pleno siglo XVII y que obligaría a repensar los fundamentos de la filosofía y de la ciencia. Lo cierto es que pretender, para ese momento, que no había sucedido nada es confesar que se había perdido el contacto con la realidad y el mundo. Empero, estamos lejos de ser los nuevos Descartes, de ahí que sea necesario reconocer la importancia de trabajar en equipo con la finalidad de entender mejor el mundo que nos rodea. Para ello me permito un último ejemplo, sacado nuevamente de la historia del pensamiento.

Con el nacimiento del siglo XVIII ve la luz una de las instituciones más respetadas del mundo académico *La sociedad de ciencias de Berlín* por disposición del príncipe Federico I de Prusia y bajo la conducción de una de las cabezas más deslumbrantes de la historia: Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). Si bien ya se habían adelantado franceses e ingleses los primeros con *La Academia de la Lengua* (1635), *de Bellas Artes* (1648) y *de las Ciencias* (1666) y los segundos con *la Real Sociedad de Londres* (1662), no obstante, la nota distintiva, digna de mención, es que, en el caso alemán, no bastaba dedicar todos los esfuerzos de la academia en aras de preservar el saber por el saber mismo, sino que el saber debería estar supeditado *ad usum vitae*. Todo saber tiene necesariamente que aplicarse para el bien de la humanidad. Si bien es la creación de conocimientos y su resguardo, el fin para el que muchas academias han sido creadas, verbigracia: la de Platón en el año 387 a.C., y la de Carlomagno en el 782. La tónica alemana abre las puertas a una concepción académica más cercana a nuestros tiempos. Un saber que no manifieste utilidad real para la sociedad debe ser descartado o en todo caso reformulado. Aquí el término utilidad debe ser entendido como un bien compartido por todos sin distinguos y no como será, tiempo después, repensado por los utilitaristas que monopolizaron el término para otros propósitos.

La teoría no debe quedarse en la fase recreativa, sino que ha de ser propositiva y pensada para ser aplicada en

la vida del hombre y de la sociedad. Famosa es la frase *Theoria cum praxis* de Leibniz. Todo conocimiento debe tener un fin práctico y ello es un imperativo para la existencia misma de la academia: "La práctica, o sea el fin de toda investigación, se asienta en la praxis útil para la vida, o sea, en la solución de los problemas, cosas ambas de las que estamos necesitados." (1984: 370) La academia es necesaria para afrontar los problemas con teorías y estudios serios, de lo contrario la pura práctica correría el riesgo de caer en el azar, la fortuna o en la desgracia. La una requiere de la otra y viceversa. No es para nada responsable solucionar los conflictos reales sin tener en mano un estudio previo, pero de nada sirven los planes y teorías si estos son irrealizables. El matrimonio entre teoría y práctica requiere un mínimo de maduración, sus resultados no son inmediatos se requiere paciencia, dedicación, disciplina y como en el caso de Descartes: el silencio.

A modo de colofón.

La única manera de manejar con criterios prudenciales los dilemas que irrumpen en el actual oficio de la investigación es tomando en cuenta las actitudes que deben acompañar la vida de todo investigador, como también los requisitos que toda institución con fines investigativos debe tener a la hora de contratar el personal idóneo. No quiere esto decir que la tarea sea fácil. El adiestramiento de personas críticas, con capacidad de análisis y reflexión es muy complejo, y requiere de muchos refuerzos y buenos maestros. Pero a su vez, de nada valdría esta formación si los centros de investigación se dejan llevar por

una cultura del consumo, de lo superficial o meramente con fines comerciales. En este caso, sirven los burócratas de la investigación, aquellos que siguen protocolos, o se afianzan en teorías que más que enriquecer y renovar los conocimientos busque satisfacer las necesidades de sus financistas y promotores.

Un investigador debe estar dispuesto a compartir teorías y evaluar prácticas. Como también no puede ser ajeno a los trabajos que han realizado sus antecesores y menos aún debe guardarse información privilegiada. Su actitud exploratoria, dinámica y dada a compartir experiencias, dudas y resultados debe ser ante todo una condición indispensable, sin la cual sería muy difícil concebir la disposición y responsabilidad del investigador, primero para con sus colegas e institución que lo alberga, y segundo, con la sociedad que demanda soluciones a sus necesidades. Bien podemos terminar con el libro de la sabiduría del Antiguo Testamento que dice: "Aprendí la sabiduría sin malicia, la reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas porque es un tesoro inagotable para los hombres". (Sab 7, 13-14^a)

Notas:

1.- Este trabajo considerablemente ampliado fue presentado inicialmente en su versión esquemática bajo el título: teoría y práctica, el dilema que acompaña la empresa investigativa en las *Jornadas Internacionales de Reflexión sobre la cultura y actitud de la investigación*, celebradas en la Universidad Santo Tomás. Bogotá, Colombia el día 25 de abril de 2008.

Bibliografía

- (2000) "Libro de la sabiduría" en *La Biblia*. Caracas. Ediciones Paulinas.
- Aristóteles (1988) *Tratados de Lógica (Organón)* tomo I y II. Madrid: Editorial Gredos.
- Barrera Morales (2006). *Modelos epistémicos en educación e investigación*. Caracas: Sypal.
- Da Silva, José Luis y otros (2007) "La globalización, tema ineludible para la reflexión filosófica de nuestro presente" en *Globalización: visiones y desafíos*. Caracas. Coedición Funtrapet y Publicaciones UCAB
- Descartes, Rene (2003) *Reglas para la dirección del espíritu*, Madrid: Alianza Editorial.
- (2004) *Discurso del método*, Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, Michel (1986) *Historia de la sexualidad. 2- el uso de los placeres*, México: Editorial Siglo XXI
- Gasparini, Olga (1969) *La investigación en Venezuela. Condiciones de su desarrollo*. Caracas: Publicaciones IVIC.

Geerts, Clifford (2003) *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Editorial Gedisa.

Hegel, G.W., (2006) *Fenomenología del Espíritu*. Barcelona: Editorial Trotta.

Husserl, Edmundo (2002) *Renovación del hombre y de la cultura. Cinco ensayos*, Barcelona: Editorial Antrophos.

Kant, Inmanuel y otros (1989) "¿qué es la ilustración?" en *¿qué es la ilustración?*, Madrid: Editorial Tecnos

Leibniz, G. W. (1984) *Escritos de filosofía jurídica y política*, Madrid. Editora Nacional

Núñez de Castro, Ignacio en Cortina, Adela (comp.) (2000) "Investigación" en *10 palabras claves en ética de la profesión*, Madrid: Editorial Verbo Divino.

Piaget, Jean (1979) *Psicología y epistemología*, Barcelona: Ariel Editorial.

Sacristán, J. Gimeno, Pérez Gómez A. I. (1992) *Comprender y transformar la enseñanza*. Madrid: Ediciones Morata.

Spinoza, Baruch (1988) *Reforma del entendimiento*, Madrid: Alianza Editorial.

Bibliografía digital

Angelo Altieri Megale (2000) *¿Qué es cultura?* Disponible en: <http://www.lidiogenes.buap.mx/revistas/4/a2la4a3.htm>